



Después de la muerte de Valente, sirvióse Graciano de los godos (379-80), y entonces Juan Crisóstomo, patriarca de Constantinopla, trabajó con mucha actividad para esparcir entre ellos más y más el cristianismo. Formó en aquella ciudad misionistas godos, organizó una iglesia en la que se celebró el culto en la misma lengua que ellos hablaban, y tuvo en ella ocasión para pronunciar uno de esos discursos elocuentes, tan familiares á este grande orador, en el cual, al exponer la milagrosa conversión de esos pueblos bárbaros, demostró con este hecho la realización de la profecía de Isaías (1) y la virtud civilizadora del Evangelio (2). Sorprendió su conversión á San Atanasio, que exclamó con el mismo gozo: «¿Quién ha reconciliado por medio de una paz sólida á los que se aborrecían de muerte, sino el bien amado del Padre, el Salvador de todos los hombres, Jesucristo, que lo sufrió todo por amor á nosotros y por la salvación de nuestras almas? La profecía de Isaías (II, 4) se ha realizado, y ¡cosa increíble! esos pueblos cuyas costumbres son naturalmente bárbaras, y que en tanto que han sido idólatras se han arrojado unos contra otros y han estado siempre con las armas en la mano, han abandonado la guerra para entregarse á la agricultura, desde que han admitido la doctrina de Jesucristo.»

Mucho más sorprendido quedó aún San Jerónimo, cuando en su gruta de Belén recibió una carta en que los dos godos Sunnia y Fretella (3) le consultaban sobre las discordancias entre las traducciones latinas y las greco-alejandrinas. «¿Quién lo hubiera creído? dijo: los godos bárbaros examinan los textos originales de la lengua hebrea, mientras duermen los griegos y no se acuerdan de ellos.»

La misma Roma fué tomada por los visigodos arrianos á las órdenes de Alarico (410).

(1) Isaías, LXV, 25.

(2) Homil. VIII, *Opp. Chrysost.*, t. XII, ed. Montfaucon.

(3) Hieronym., ep. 106: Quis hoc crederet ut barbara Getarum lingua hebraicam quæreret veritatem, et dormitantibus, immò contententibus Græcis, ipsa Germania Spiritus Sancti eloquia scrutaretur? (*Opp.*, t. I, p. 641.)

Jamás hubo ciudad que cayese más vergonzosamente en las manos de sus enemigos; pero tampoco hubo jamás ciudad conquistada que tuviese que sufrir ménos de sus vencedores. Esta dulzura y esta humanidad revelaban sin duda la naturaleza y las costumbres del pueblo germano, pero eran al mismo tiempo pruebas de la poderosa acción del cristianismo. Dejó Alarico á Roma sin que sea fácil indicar los motivos que á ello le indujeron; y á poco, considerándose demasiado débiles para sostenerse en Italia, se retiraron los godos acaudillados por Ataulfo (412) hácia las Galias, donde fundaron bajo el rey Vallia, entre el Loira y el Garona, un reino que tuvo por capital Tolosa, y no tardó en extenderse á una gran parte de la España. Fué este reino, entre los fundados en Europa por los germanos, el primero que presentó poco á poco un carácter cristiano, aunque muy desfigurado aún por algunos rasgos de barbarie. Entre los primeros conquistadores de España, vándalos, alanos y suevos, fueron estos últimos desde luego católicos; mas se hicieron arrianos cuando su rey Remismundo se casó con la hija del visigodo Teodorico (464). Devastaron las ciudades del mismo modo que las iglesias, pasaron á degüello á los sacerdotes y á los obispos católicos, muchos de los cuales, como Pancraciano de Braga y Patanio, llenaron de gloria la iglesia española con su valor heroico. No fué luego ménos deplorable la suerte de la Iglesia católica bajo el rey visigodo Eurico (murió en 476). Según refiere Sidonio Apolinario, obispo de Clermont, «desterró Eurico un gran número de obispos, y prohibió nuevas elecciones. Quedaron así muchas iglesias, tanto en España como en las Galias, huérfanas de pastores, y se hundieron entre sus propias ruinas; creció la hierba al rededor de los santuarios, y hasta en los altares habitaron las fieras entre los escombros de los templos destruidos» (1). Alarico, su hijo (506), aunque arriano, obró con mayor moderación; pero renovó con furor la persecución de los ca-

(1) Sidon., ep. 6 ad Bas. Sirmondi, *Opp.*, t. I. Max., *Bibl. PP.*, t. VI. Galland, *Bibl.*, t. X. Gregor. Turon., *Hist. Francor.*, II, ed. de Ruinart, p. 77.

CAPÍTULO XV

Propagación del cristianismo entre los pueblos germanos.—Relaciones de éstos con la Iglesia católica.

FUENTES: Graciano, *Hist. de la propag. del crist. en los Estados de Europa*, nacidos de las ruinas del imperio romano. Tub. 1778. 2 vol. Doellinger, *Man. de la his. eccl.*, t. I, p. II, p. 133-244.

El nacimiento de Jesucristo, que tan gran movimiento produjo en el mundo espiritual, no influyó ménos en las relaciones del mundo político. Los pueblos del Norte y del Este se precipitaron en tropel delante de la luz que acababa de nacer, é inundaron precisamente los países en que, según los decretos divinos, se había consolidado desde luego la Iglesia de Jesucristo.

En el siglo II de la era cristiana salieron los godos de la Escandinavia, y se establecieron en las orillas del Mar Negro. Fijáronse los ostrogodos entre el Don y el Dniester; y entre el Dniester y el Theiss los visigodos. Algunos prisioneros (1) fueron entre ellos á mitad del siglo III los primeros predicadores del Evangelio; y en el concilio de Nicea (325) estuvieron ya representados por su obispo Teófilo (2). Conservaron la fe católica hasta los tiempos del emperador Valente; mas cuando molestados por los hunos (326) y divididos por otra parte bajo las banderas de Fridiger y Atanarico, pi-

(1) Sozom. *Hist. eccl.*, II, 6; Philostorg. *Hist. eccl.*, II, 5.

(2) Socrat. *Hist. eccl.*, II, 41.

dieron los visigodos asilo á aquel emperador, se convirtieron al arrianismo, por no haberles sido concedido sino bajo esta condición el derecho de establecerse en la ribera meridional del primer río arriba mencionado. Debióse sobre todo esta conversión á la actividad de su obispo Ulfilas (entre 360-80), el inventor de los caracteres góticos y el traductor de la Biblia en lengua goda (1).

Cuando Teodosio impuso en todo el imperio romano la obligación de sujetarse á la fe de Nicea, los godos, por oponerse á los romanos, persistieron en el arrianismo, que pasó de los visigodos á los ostrogodos, á los vándalos, á los borgoñones y á los suevos, pueblos que forzaron á los católicos á abrazarlo donde quiera que se establecieron (2).

(1) Socrat. *Hist. eccl.* III, 33.—Sozom., VI, 37.—Theodor. IV, 33.—*Trad. de la Biblia de Ulfilas*, por Chr. Zahn, 1805.—Ulfilas, V. y N. *Testam. fragm. ed. de Gabelentz y Løbe*, t. I. Altenb., 1836, t. II., Lips. 1842 (con un vocabulario comparado y una gramática de la lengua goda). Hugo, *Int. al Nuevo Testamento*, part. I, p. 492.

(2) Cf. Walch, *Hist. de las herejías*, part. II, página 523-69.



tólicos Leovigildo, y llegó hasta hacer morir en Tarragona á su propio hijo Hermenegildo, [por haber abrazado el catolicismo y negándose resueltamente á abjurarle (585). Recaredo, su sucesor (después del 587), fué adicto á la iglesia católica, á cuyo favor se declaró públicamente en un concilio compuesto de obispos católicos y arrianos (587); y un concilio de Toledo (589), lanzó entonces repetidos anatemas contra el arrianismo de los godos. No tardó en volver á florecer la Iglesia católica regida por obispos hispano-visigodos, tan perfectos como San Isidoro, arzobispo de Sevilla (murió en 636), é Ildelfonso, arzobispo de Toledo.

Los vándalos, oprimidos en España y llamados por el romano Bonifacio, se embarcaron para el África á las órdenes de Genserico (429). Su natural grosero y su fanatismo arriano hicieron llegar al colmo los males de la iglesia africana, que desde entonces no pudo ya levantarse de su abatimiento. Fueron tales las desgracias que hicieron pesar sobre ella, que Salviano, obispo de Marsella, se creyó obligado á tomar la defensa de la Providencia divina contra las dudas que se alzaban en muchos corazones. Después de haber sujetado todo el norte del África romana, se puso Genserico á oprimir y á perseguir á los católicos; y fué para éstos harta fortuna el advenimiento de su hijo Humerico (477-84), que por haber contraído matrimonio con Eudoxia, hija de Valentiniano III, y por las buenas disposiciones del emperador Zenon, se les presentó más favorablemente que su padre. Cartago, privada de pastor durante veinticuatro años, vió entonces ocupada su silla episcopal por el firme y piadoso Eugenio (479); mas no por mucho tiempo, porque por los ataques del arriano Cirilo fué cruelmente maltratado, no ménos que cinco mil católicos.

Manteniáanse éstos, sin embargo, en todas partes fieles á la doctrina que profesaban. Los de Sicca y Lara, encerrados en estrecho espacio y martirizados en todos sus miembros, entonaban aún himnos á la gloria de Jesucristo; y los hubo en *Típassa* que aún después de cortada la lengua hablaban y alababan al Señor (1).

(1) El mismo Gibbon, que no quiere ver en todas partes más que cosas naturales, se ha visto obligado,

La conferencia religiosa que tuvo lugar en Cartago (484) entre los obispos católicos y los arrianos aumentó todavía los sufrimientos de los fieles. Pudieron poco á poco los obispos desterrados volver á entrar en sus diócesis bajo Gontamundo (494); mas Trasamundo (496-523) atormentó de nuevo á los católicos; les prohibió, aunque en vano, elegir preladados, y viendo que el número de éstos no disminuía, desterró á Ceredña hasta ciento veinte, entre los que se encontraba *Fulgencio*, obispo de Ruspe, sabio é intrépido defensor de la Iglesia. No obtuvieron los católicos la paz sino de manos de Hilderico, á quien por sólo este hecho asesinó Gelimer su pariente; y aún entonces hubieran debido sufrir nuevos y más duros males, según la sangrienta persecución que les amenazaba, á no haber sido socorridos oportunamente por Justiniano, que por medio de Belisario destruyó en África el imperio de los vándalos y restableció la dominación romana (533); pero no pudo ya desde entonces volver á florecer más en aquella parte dilatada del mundo la iglesia germano-cristiana. Desaparecieron desde 670 los últimos vestigios del cristianismo, ante las siempre crecientes invasiones de las doctrinas del islamismo.

Los borgoñones habían abandonado desde el año 407 los establecimientos que tenían en las orillas del Vistula, y fundado en las Galias, á lo largo del Ródano y el Saona, un reino, cuya capital fué la ciudad de Lyon. Créese por oscuros indicios que volvieron en el 413 al seno de la Iglesia católica; pero accidentalmente, porque (1) durante el reinado de Gondebaldo abrazaron el arrianismo. Según pruebas suministradas por el obispo Avito, de Viena, abrigó

por la fuerza de las pruebas históricas, á admitir y continuar este hecho en su historia. *Victor*, *Viten*, V, 6; *Procopius*, de Bello Vand. I, 8 (opp. ed. Bonn, I, 345); *Evagr.* IV, 4. El testimonio del platónico *Eneas Gaza* sobre la ruina de la dominación vandálica está citado por *Teophrasto* en *Galland*, t. X, p. 636. Justiniano dice también en la ley I, tit. 27 del Código: «*Vidimus venerabiles viros qui abscissis radicibus linguis penas suas mirabiliter loquebantur*» Cf. *Tillemont*, t. XVI, et *Schraeckh*, *Histor. eccl.* part. XVIII, p. 101.

(1) Oros. *Hist. adv. pagan.* VII, 32, 38; *Socrat. Hist. eccl.* VII, 30; III, 30. Cf. *Pagi, Crit. ad ann.* 413, n. 13, et *Prosper. in Chron. ad ann.* 435.



Gondebaldo en secreto el proyecto de abrazar de nuevo la religión católica; pero fué detenido por el temor que le inspiraba el arriano Teodorico. No se cumplieron sus secretos deseos hasta que su hijo Segismundo, más resuelto, y recibiendo la influencia de los francos, volvió después del 517 al catolicismo con muchos borgoñones, de entre los cuales desapareció enteramente la doctrina arriana cuando en 534 quedaron sujetos á la dominación franca bajo el monarca Godomaro.

Los pueblos de que acabamos de hablar fueron, en su mayor parte molestados é impelidos por los movimientos de los hunos. Atila, su jefe, del que hablan aún la devastación y las ruinas, atravesó la Germania á la cabeza de una muchedumbre de pueblos uncidos á su yugo, y atacó en las Galias el reino unido de los visigodos y de los francos (444). Las ciudades del Rhin, Colonia, Maguncia, Worms, Espira, Strasburgo, y las ciudades vecinas, Tréveris, Metz, etc., quedaron casi enteramente destruidas, no ménos que sus iglesias. Después de la indecisa batalla de Chalons (451), dirigióse Atila contra Italia para anonadar ese país devastado ya; pero alejado de Roma por la aparición de San Leon el Grande, «gloriosa victoria del espíritu sobre la fuerza material,» no tardó en exhalar su último suspiro. Dispersóse entonces su innumerable y terrible ejército; viéndose ya sin jefe, lo saqueó todo, lo devastó, lo pasó todo á fuego y sangre. Dios sólo podía salvar la cristiandad de tan tremendo azote; y parecía, á la verdad, en esta época que se derramaba la gracia sobre la Iglesia con más abundancia aún que los pecados (2) y los crímenes que assolaban y devastaban el mundo. Aparecieron á la sazón en la Iglesia lumbreras y columnas de verdad, tales como S. Leon el Grande, S. Lupo de Troyes, S. German de Auxerre (3), S. Severino (4), cuyo nombre y origen son del todo desconocidos, y su émulo S. Hilario de Arles, varones todos que ejercían

(1) Rom. v. 20.

(2) Cf. *Stolberg-Kerz*, t. XVII, p. 421.

(3) *Eugippii Vita S. Severini*. (Bolland). *Acta Sanctorum*, mens. jan. t. I, p. 483.

una grande autoridad sobre Atila y otros muchos caudillos de hordas bárbaras.

La maravillosa aparición de San Severino hizo humillar la cabeza á Odoacro el Hérulo (1), conquistador de la Italia y destructor del imperio de Occidente (476). Aunque arriano Odoacro, aseguró durante los once años de su reinado á la Iglesia católica cierta paz que no terminó hasta que los ostrogodos, que habían salido de la Pannonia á las órdenes de Teodorico (488), hubieron conquistado la Italia, la Sicilia, la Recia, la Noricia, la Vindelicia y la Dalmacia, y hubieron fundado con estos pueblos su dilatado imperio. Declaráronse arrianos Teodorico y su reino; pero merced á los prudentes consejos de su sabio canciller Casiodoro, fué á menudo imparcial para la Iglesia, y manifestó mucha deferencia con ella. No se ensañó contra los católicos hasta el fin de su reinado de treinta y seis años, en que, habiendo concebido sospechas contra ellos, é irritado por una ley contra los arrianos dada por Justiniano emperador de Oriente, dejó morir al papa S. Juan (526), y condenó á muerte á los consulares Simaco y Boecio acusados falsamente. Fué duro y largo el cautiverio de estos dos varones; mas Boecio procuró templarlo con los consuelos que ofrecen la ciencia y la religión, y escribió su bello tratado de *Consolatione philosophiæ*.

Cesó en gran parte esa opresión de los católicos bajo los sucesores de Teodorico, muerto en 526, cuyo imperio destruyó, llegando á borrar hasta su glorioso nombre, Narsés, general de los ejércitos de Justiniano.

Aparecieron á su vez en Italia los lombardos, á quienes capitaneaba Alboino (568). Resuelto parecía por los decretos de la Providencia que ninguna provincia romana había de subsistir en Occidente. El arrianismo de los lombardos y la anárquica dominación de los treinta y seis duques que sucedieron á Alboino (574-84) explican las crueldades de que fueron víctimas en esta época los católicos italianos. El imperio griego tuvo entonces sus Hi-

(1) *Stolberg-Kerz*, tomo XVII, pág. 464. *Eugippii, Vita*, c. 7.



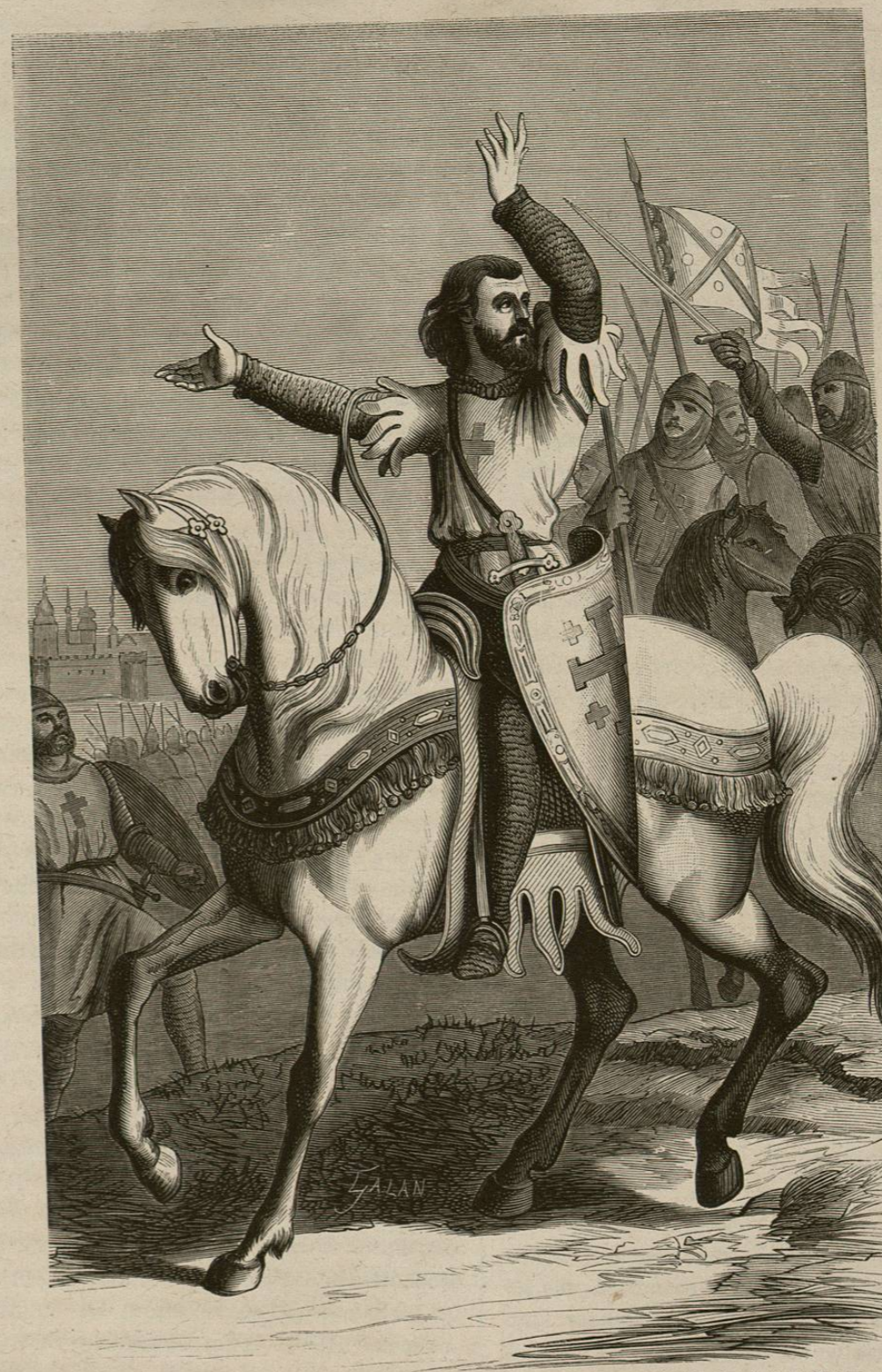
mites occidentales en las ciudades marítimas de la Liguria, en la punta inferior de la Italia, en los ducados de Roma y Nápoles, y en el exarcado de Rávena, residencia del exarca griego. En estos tiempos de crueles sufrimientos para la Iglesia levantó el Señor á San Gregorio el Grande (1) (590-606), para consolar á la Italia y probar á la Iglesia católica que estaba aún gobernada por el Omnipotente. La distinguida cuna de Gregorio, que pertenecía á una familia senatorial, su bello carácter y sus variados conocimientos, le elevaron con rapidez al eminente cargo de gobernador de Roma. No contento con estos honores, y ambicionando un modo de vivir más puro y más sublime, convirtió á la muerte de sus padres el palacio que habia heredado en un convento, del que le sacó á pesar suyo el papa Pelagio II para enviarle con el carácter de apocrisario á Constantinopla. La severidad que ejercía consigo mismo y con sus subordinados en todo lo que concernía á los intereses de la Iglesia hizo que fuese elegido para el pontificado á la muerte de Pelagio (590). Fué Gregorio entonces verdaderamente grande. Á él debe la Iglesia católica de Occidente la pompa misteriosa de su culto y su canto grave y solemne; á él debe la Inglaterra las misiones que dieron origen á su Iglesia, misiones cuya santa idea fué inspirada al Pontífice por la vista de un esclavo de aquel reino. Fué el primer escritor de su época; fué también el reformador del clero. Vió que la corrupcion general habia invadido las costumbres de los eclesiásticos; y habiendo concebido la idea del verdadero sacerdote, como lo prueba su *Regla pastoral*, y poseyendo al mismo tiempo la fuerza y la abnegacion necesarias para realizarla, supo descubrir entre los individuos de su clero á los que conservaban aún la inteligencia y las virtudes que han de caracterizarlo. Los envió á las diversas comarcas de Italia para que satisficieran las necesidades generales y borrasen con el poder de la

(1) Véase su biografía por Joanes, *Eccl. Rom. diacono et Pablo Warnefrid*, en *Gregor. M. Opp. ed. Bened. Par. 1705*, 4 t. en fol. (en el t. IV) locupl. Galluccioli. Ven. 1768 sq.—*Stolberg-Kerz*, t. XX, página 346.

palabra divina las huellas del paganismo que empezaba á levantar por uno y otro lado la cabeza. Extendió luego su vigilancia y su celo en defender los derechos del sacerdocio á toda la Iglesia; combatió con éxito gran número de abusos; hizo sentir su pastoral solicitud hasta á las comarcas más apartadas, en las que abrió casas de huérfanos y escuelas para los pobres, hasta entonces desconocidas. Un hombre tan activo, tan influyente ¿no habia de merecer el sobrenombre de Grande que le dieron sus contemporáneos, y la posteridad ha confirmado? Sus esfuerzos para levantar todo lo que concernía al cristianismo inspiraron respeto á los lombardos arrianos. Cuando Teodolinda, viuda del rey Autaris, é hija del duque de Baviera, casó con el rey Agilulfo, convirtióse este príncipe con muchos lombardos, y preparó así la próxima conversion de todo aquel pueblo al catolicismo.

En la época en que la Italia y la Iglesia estaban amenazadas de una devastacion completa por las continuas invasiones de las hordas bárbaras, creó la Iglesia, en virtud de la fuerza divina que siempre la anima, la orden de los Benedictinos, que no sólo libró entonces á la Iglesia católica de una disolucion inminente, sino que también aseguró su duracion, y fué el motor y el conservador de la cultura espiritual de los siglos posteriores. Los primeros monjes que vió y admiró el Occidente habian sido Ammonio é Isidoro, compañeros de San Atanasio en el tiempo en que este grande obispo vino á reclamar la proteccion del papa Julio. Desterrado á las Galias, tuvo ocasion ese heroico defensor de la divinidad de Jesucristo, de inspirar en ellas un respeto santo y un religioso ardor para la vida monacal, cuyo interes mantuvo y aumentó despues con la vida de San Antonio. Tuvo luego este género de vida sabios y celosos propagadores: Ambrosio y Jerónimo lo consolidaron en Italia; Agustin lo elogió en África; Martin, obispo de Tours (1), lo introdujo en el norte de la Francia, y Casiano en el mediodía.

(1) *Sulpicii Severi*, de *Vita B. Martini*, lib. dialogi tres; epp. tres. *Gregor., Turon. de Miracul. S. Martini*.



Estab. tip. de J. A. Muñoz.

GODOFREDO DE BOUILLON ACAUDILLANDO LOS CRUZADOS